

Tensión y conflicto comunitario desde la perspectiva ignaciana

*Carlos Rafael Cabarrús, s.j.**

Introducción

El objetivo de este estudio es intentar dar la explicación jesuítica de los conflictos comunitarios y apostólicos. No se pretende dar soluciones a los conflictos sino arrojar luz sobre su etimología. Por otra parte, tiene más bien un carácter proyectivo, hacia el nuevo modo de ser jesuita; cómo ir formando hacia esa realidad siempre cambiante por los retos de la historia que es inherente al compañero de Jesús. Lo que hoy podemos detectar es que nuestro cuerpo apostólico no es lo sano, lo potente y lo fecundante que debería de ser. Quizás un signo es que no encontramos un cariño marcado entre nosotros. Somos más hombres independientes con mucho empuje pero poca capacidad de trabajo en equipo y a quienes nos queda lejos lo de «amigos en el Señor» y más aún lo de «Societas Iesu, societas amoris».

Como somos un cuerpo con identidad muy acendrada lo que ocurre dentro de este cuerpo tiene su explicación última en lo que da origen al cuerpo, en lo que ha constituido. De ahí que un camino importante del análisis del proceso de conflicto intracomunitario y apostólico será abocarnos a los elementos que forman al jesuita.

* Provincia Centroamericana. Director del Instituto Centroamericano de Espiritualidad (ICE). Coordinador de la Comisión de Espiritualidad.

Podríamos entrar de una manera muy detallada en lo que es el «modo nuestro de proceder», pero el espacio con el que contamos es corto. Me parece que una línea sugerente podría ser desglosar los tres pivotes donde se constituye el ser del jesuita: 1) el hecho de ser pecador perdonado, 2) que forma un cuerpo, 3) para una Misión. Trabajando estos tres elementos saldrá a la luz la razón socio-teológica de nuestros conflictos, únicamente que vistos desde la dificultad y no desde su descripción positiva.

1. No terminamos de aceptarnos como «pecadores»

La Congregación General 32 dio un paso mayúsculo al definirnos así. Pero esto se ha quedado en el papel. No hemos sido capaces de enfrentar a nivel personal, y menos a nivel comunitario, nuestra debilidad y limitación, por una parte, y la responsabilidad de nuestro pecado personal y sociológico.

Reconocernos «pecadores» implica un conocimiento muy profundo de los móviles internos que rigen mi proceder. Experimentarse como un «pecador» supone un haber ahondado mi oscuridad y mi tortura interna que es lo que permite encontrar la luz de la reconciliación personal y sólo entonces la experiencia del perdón de Dios en nosotros¹.

¹ Ahora bien, los jesuitas, como la mayoría de humanos, no tienen fácil acceso a un tratamiento psicológico. Por tanto, es conveniente distinguir entre experiencia de pecado y la experiencia de heridas, traumas y límites "oscuros" cuyo tratamiento en directo a veces no es accesible para todos. La experiencia del perdón de Dios, cierto que pasa por la confesión con uno mismo y la reconciliación con uno mismo. En este sentido, la mediación de un conocimiento profundo de la vulnerabilidad personal admite grados. Alguna mediación técnica sin embargo, parece necesaria, sobre todo en casos más serios.

En la estructura de la "formación" actual se ofrecen más alternativas en esta línea que antaño. Es claro que cuánto más joven sea la persona al iniciar estos procesos es mejor, pero también hay que facilitarlo con personas maduras, en el caso de que se necesite. De todos modos, puesto que la mayoría de los nuestros no han tenido estas facilidades, sería interesante ver cómo se suple el poder reconciliarse con la parte oscura de uno mismo con la seriedad requerida en el mismo acompañamiento espiritual (hay que recordar, con todo, que la falta de acompañamiento espiritual en personas formadas es notable...) y con los Ejercicios no autodirigidos sino conducidos de manera personalizada, tomando en cuenta y aprovechándose de lo que en los

Si no me acabo de comprender en profundidad, si constantemente estoy proyectando mis autotemores y autorrechazos, condenándolos en los demás, el intento de vivir realmente en comunidad es prácticamente imposible. Antaño podíamos vivir los jesuitas sin tanto roce comunitario y de una forma más individualista. Ahora con todo lo reestructurado de nuestras sociedades, con todo lo que supone vivir en un mundo no «necesariamente» cristiano ni católico, las comunidades más que nunca son un reto a vivir, en cuanto el testimonio de credibilidad del por qué nos juntamos en comunidad para la Misión necesita evidentemente el testimonio de amor. Por tanto, no se puede obviar la dinámica comunitaria, como antes, por el sólo hecho de asistir a letanías y a la bendición con el Santísimo.

Ahora bien, este reconocimiento y este manejo de mi negatividad de mis heridas, de los mecanismos de defensa, de las transferencias, etc., no es únicamente un requisito psicológico para el proceso personal. Lo supone pero debe dar un paso adelante. Lo que se necesita es lograr vernos con los ojos de Dios. Aceptamos como El nos mira y nos contempla a cada uno en particular. Sólo desde esta mirada complacida del Padre sobre mí, puedo en verdad, comenzar a querer a los demás, porque yo me quiero (ya que no puedo tener otra actitud conmigo que la que Dios tiene hacia mí) y porque Dios quiere incondicionalmente al compañero con quien me toca vivir y trabajar.

Muchas de las dificultades comunitarias, son principalmente un reflejo o una proyección de la dificultad de aceptación personal de todo lo negativo, de lo oscuro de la limitación en mí. Entrar a fondo a reconocerse y a experimentarse no es un ejercicio sencillo. Es el fruto de una primera semana de Ejercicios vividos muy a fondo y con un camino recorrido de proceso personal acucioso.

2. No somos entrenados realmente a vivir en un «cuerpo»

La vivencia de los primeros compañeros es digna de tomarse en cuenta. Ellos primero se establecieron como amigos, evolucionaron convirtiéndose en «amigos en el Señor» y sólo por último se

Ejercicios hay de sabiduría "pre-científica"; por ejemplo, la "sospecha" sobre los afectos desordenados, el manejo de los mismos y aun la evaluación, aun de la "consolación" para deslindar nuestra causalidad y encontrar la voz de Dios.

constituyeron en un cuerpo apostólico. Al que entra a la Compañía le toca el camino inverso: comenzar a formar parte de un cuerpo que es apostólico y allí desarrollar la amistad profunda que permita la experiencia fundante de ser «amigos en el Señor». Siendo esto así, se tendría que prestar mucha atención a cómo somos realmente «cuerpo» y cómo ayudamos a formar para vivir en cuerpo.

Es sabido cómo la palabra «comunidad» no tiene mucha raigambre ignaciana. Todo lo contrario sucede en el término «cuerpo» que articula y vértebra todas las Constituciones. Las Constituciones hacen alusión a muchas maneras de cuerpo. Cuerpo es algo intercambiable e interrelacionable. Está el cuerpo del individuo, el cuerpo social de la Compañía, el cuerpo de Cristo -el suyo personal histórico, el sacramental y el místico que sufre y «mucho padece»-. Por último el cuerpo de la Iglesia.

Vivir en la Compañía supondría por tanto ser capaz de ubicarnos en cada una de esas diversas instancias. Dejarnos sentir el propio cuerpo y darle la atención que reclama la Parte III de las Constituciones. Sabernos cuerpo de la Compañía y para eso emplear todos los mecanismos del conocimiento, comunicación y cercanía posibles.

Vivir el misterio del Cuerpo de Cristo, principalmente donde El está más como sacramento: en la historia dolorosa de nuestra gente. Pero también insistir en el reto que supone el voto de Jesús en la Eucaristía: «no volveré a tomar el fruto de la vid hasta que venga el Reino». Es el sacramento eucarístico el que nos envía a colaborar por jalonar el Reino de Dios.

Por último, tenemos que aprender a ser parte del cuerpo de la Iglesia, lo cual no quiere decir principal ni preponderantemente la relación con la Jerarquía, sino con el pueblo de Dios.

En algunas partes se ha dado un paso muy importante en la adquisición de mecanismos comunitarios y de formación del cuerpo apostólico como el discernimiento personal compartido. Sin embargo ni es algo muy generalizado sino en ciertos sectores de los ya formados y en el tiempo de la formación... Por otra parte, realmente se debe poner cuidado a que ese discernimiento no sea únicamente una arena donde se expone lo que cada uno piensa que Dios está hablando en su interior, sin aplicar concienzudamente las reglas para saber cuándo algo

es inercia con un modo psicológico de ser, cuándo siguen los «discursos propios» y cuándo algo ya está en la dimensión del espíritu de Dios. Cabe recordar siempre, el papel de «cotejamiento» en todo discernimiento. No hay discernimiento válido a menos que sea ratificado por alguien (superior y/o comunidad) con densidad eclesial.

Todavía nos falta, sin embargo, hacer verdaderos discernimientos apostólicos que orienten y hagan avanzar la Compañía hasta donde llegaron nuestros mayores y más adelante en el Señor nuestro. Lo difícil de realizar esta tarea es que supone mucha sanidad psicológica y mucho ejercicio en el discernimiento personal unido al apasionamiento por Jesús y la causa de los desposeídos del mundo.

Ahora bien, lo que aglutina al cuerpo, lo que nos hace estar unidos es el cariño. Ser verdaderamente «amigos en el Señor». Hay muchas y variadas formas de amor. El amor que por lo menos aquí se requiere, es el que nos hace aceptarnos tal y como somos y esto nos permite trabajar ágilmente.

3. En el fondo hay un mal planteo de la misión

En el fondo de todos estos problemas comunitarios tenemos que decir, por hipótesis, que hay un mal planteo de la Misión, que es la que nos reúne, nos forma y nos conforma. De allí que haya situaciones en donde la explicación última del conflicto -y la definitiva-, reside en un mal planteo y un desenfoque de lo que es la Misión. Esto lo debemos de tomar muy en serio.

Pasemos, por tanto a definirla: La Misión (en las Constituciones de la Compañía) es la experiencia de recibir - del Papa, de los superiores o por nosotros mismos (603)- el «encargo», como cuerpo, del bien de las mayorías, el bien más universal, del que padece más necesidad (622), atendiéndolo de una manera estructural -principio de vicariedad, de agentes multiplicadores, de mayor contundencia (622 y 623), con la mayor eficacia -desde el «magis»; desde el mayor servicio (133, 508)- al modo de Jesús -pobre, humilde, solidario y misericordioso (EE 116, 224)-, constituyéndose así en la mejor manera de dar la gloria a Dios, «que mucho padece» (Epp, 354-359).

Es pues la experiencia de la disponibilidad para hacer las obras donde la gloria de Dios está en juego. Todo tiene en la Misión su

explicación y justificación. De modo que podríamos decir que, en cierta manera, en la medida en que haya menos garra y entusiasmo por la Misión crecerán los problemas comunitarios o se cubrirán con el típico velo del «respeto al derecho ajeno es la paz». En la medida que estuviéramos abrazando la bandera de Jesús, desde la experiencia personal de reconciliación, habría más posibilidades para la Misión y para la vida en el cuerpo.

Decimos en cierta manera. No hay que olvidar el componente personal, que fué serio aún en el primer grupo de compañeros y siempre crea antagonismos pero no insalvables. El estudio de Ravier sobre la cercanía/lejanía afectiva de Ignacio con los primeros compañeros es muy significativo. Tampoco hay que desdeñar la dificultad o facilidad para vivir en cuerpo. Esta es una cualidad que debe ser discernida porque actualmente es condición de posibilidad del ser jesuita.

Pero decimos que la Misión nos reúne, nos forma y nos conforma. La Misión tal y como la hemos definido, tiene hondísimamente que ver con la reinterpretación de la Fórmula del Instituto en el binomio de Fe y Justicia. Y es aquí donde comienzan los problemas objetivos a generar conflictos comunitarios y apostólicos.

En primer lugar, tenemos que no es fácil poder comprender esta línea de la Congregación General última. Es difícil porque supone necesariamente un cambio de vida, de hábitos, de amistades, sobre todo de clientelas. Supone además, un riesgo cada vez más creciente. En el mejor de los casos, en la línea más sana, el principal problema de desunión vendría por la falta de aceptación en la línea profética de la Compañía, en sus intentos por hacer pequeñas contribuciones al acercamiento del Reino de Dios.

El otro elemento de problemática objetiva estriba en lo duro que es fracasar en esta lucha por los empobrecidos del mundo. Abanderar el binomio Fe y Justicia, supone apostar por los que siempre pierden. Esto trae una dosis fuerte de frustración y desesperanza. No está lejano tampoco el desencanto que produce muchas veces el contacto con el mismo pueblo con sus incongruencias. Esto puede convertirse en fácil treta para generar malestar y desunión.

Pero están también los factores subjetivos frente a la Misión. Uno muy típico es el «rechazo» a esta radicalidad de la Compañía que es sólo un destello de lo que está en el Evangelio. Este rechazo puede ser

escandaloso, estrepitoso, descarado, o bien, pueda atacar, como el mal espíritu en segunda semana: dolosa, encubiertamente, fomentado en el fondo la parálisis de la acción.

Dentro de los problemas subjetivos tendríamos también el del «adicto» al trabajo supuestamente por el Reino. Es decir, aquel que lo hace reivindicando problemáticas suyas latentes que no ha trabajado y entonces termina -como todo fervor indiscreto- en quemar al adicto y en vacunar a los compañeros haciendo que en la práctica no se trabaje al modo de Jesús las obras de misericordia.

Todo esto obviamente frena y entorpece la Misión, esto genera malestar en el cuerpo y estallan los conflictos o se los cubre con un manto de falsa paz o de metálica educación y respeto.

4. Pistas Ignacianas de análisis y solución

En primer lugar estaría el esfuerzo por comprender, como nos lo hacen las Constituciones, la razón de los problemas. Analizar, por decirlo así, la conflictividad con las categorías de las mismas Constituciones.

4.1. El aporte de la Parte II

Hay miembros que no deben ser ya parte del cuerpo.

Podría ser interesante traer a colación las causas para despedir a alguien de la Compañía, lo cual es objeto de la Parte II. Esto ayuda a vislumbrar las raíces de desunión.

Lo primero que adelantan las constituciones es que las causas para despedir «debe ponderarlas delante de Dios Nuestro Señor la discreta caridad del Superior» (209, 2). Es un acto de discernimiento y -como todo discernir- un acto de amor, de los más difíciles y quizás más dolorosos.

a) Que el honor y gloria de Dios esté en juego:

Si la finalidad de la Compañía es «la mayor gloria de Dios», obviamente atentar contra ella es; de por sí, causa de despedida.

«Si se sintiese en el mismo Señor nuestro sería contra el honor y gloria suya que alguno estuviese en esta Compañía» (210, 1).

Ahora bien, eso de la «gloria de Dios» lo solemos comprender de modo tan abstracto o tan pasado de moda que no nos parece criterio evaluativo. Por eso la traducción de Ireneo parece oportuna: la gloria de Dios es que la humanidad tenga vida. Esta exclusión por esta vía va en perfecta concordancia con la nueva reformulación de nuestro Instituto: el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Es a través de esta nueva fórmula como los jesuitas trabajamos para la mayor gloria de Dios. Por tanto, aunque por muchas razones habría que excluir a varios compañeros, ésta debería volverse la más importante, la razón más excluyente y determinante. Lastimosamente no se «saca» de la Compañía por este tipo de razones...

Las Constituciones enfatizan más el caso, diciendo que los superiores y los demás pueden juzgar a una persona «incorregible en algunas pasiones o vicios ofensivos de su divina Magestad» (210, 1). Nuevamente la traducción más real de lo que ofende al Señor debe colocarse en categorías bíblicas, que es ir, en el fondo, en contra de lo que le agrada a Dios según se pinta hasta la saciedad en los profetas y otros trozos del Antiguo Testamento... (Cfr. Is 58, 1-12; Jer 9, 2; Job 29, 12-30; 31, 16ss.).

En esta parte se hace referencia a la gran dificultad que entraña todo esto, **pero no por eximir del deber de la exclusión**, sino sólo para enfatizar una mayor discreción del caso: «que cuanto más dificultad y duda tuviera, más encomendarán la cosa a Dios nuestro Señor y más la comunicarán con otros, que puedan en esto ayudar a sentir la voluntad divina» (2111, 4).

b) Que esté en juego la Misión de la Compañía

Otro orden de causa para la dimisión dice relación al «bien de la Compañía» y a su Misión. La razón en el fondo, es que éste «por ser universal, debe preferirle al de un particular» (212, 1).

El caso que trae, en primer lugar las Constituciones, es respecto a la salud de los sujetos, pero insiste más en el mal ejemplo que puede dar un jesuita a sus compañeros, como causa decisiva:

«Y mucho más si se juzgase sería dañoso por el mal exemplo de su vida, especialmente mostrándose inquieto o escandaloso en palabras o en obras» (212, 4).

Ser escandaloso para con los otros, -continúan las Constituciones-, «se entiende quien les da ocasión de pecar con exemplo» (215). Considera ese numeral la incitación a la inestabilidad de la vocación, pero sobre todo a la discordia... Siempre, con todo, el último criterio es «el bien de la Compañía» (215, 1).

Aquí se podría hacer una lectura «a contrariis» de lo que se dice en la parte X, de cómo se ha de conservar y aumentar la Compañía. Creo que pudiera resultar elocuente el elenco de criterios allí presentados. En esta parte, como veremos, además de hablar de la selección de personas y de la formación adecuada que se debe ofrecer (cfr. 815), se insiste mucho en el papel de la pobreza que «es como baluarte de las Religiones, que las conserva en su ser y disciplina y las defiende de muchos enemigos» (816, 1). Por otra parte, se habla de luchar contra la ambición del poder (817). Se dan en esa última parte otras recomendaciones pero, sobre estos dos puntos, los profesos emiten votos especiales, por tanto hay más responsabilidad porque de ellos «pende» el buen ser de la Compañía.

El mal ejemplo en este sentido es gravísimo y es, de por sí, causa de expulsión. Ya la Congregación General XXXII, había visto esto respecto de la pobreza cuando define que los que van contra esta pobreza, aunque jurídicamente pertenezcan a la Compañía, están excluidos de ella en espíritu. (C.G. XXXII, D. 12). Lamentablemente no se ha visto nunca un discernimiento de la Compañía para excluir a los que atentan contra lo que engendra jesuitas -la pobreza como madre- y lo que la defiende de tantos enemigos...

c) Cuando se va contra la Compañía y contra el particular

El caso más señalado traído por las Constituciones es la incapacidad real para vivir en obediencia, que es otro bastión de la vida jesuítica, pero que, de por sí, no es necesariamente un defecto en la persona. Ceder la libertad, mantenerse en la disponibilidad implica un carisma muy especial que no se puede imponer. Cuando se encuentra uno con un caso en que la persona es muy buena, muy trabajadora, pero no puede obedecer, se está justo en este «caso» presentado por las Constituciones como razón suficiente para la dimisión. Esto, en el caso de que haya imposibilidad -por las razones que fueren- para:

«Disponerse para vivir en obediencia, y hacerse al modo de proceder de la Compañía; por no poder o no querer quebrar su propio juicio, o por otros naturales o habituales impedimentos» (216, 3).

Es bien sabido cómo en tiempo de Ignacio se aplicaba con mucha facilidad la dimisión de las personas. Por ejemplo es conocido que en 1552, en Portugal, hubo de dimitirse a por lo menos una treintena de jesuitas (no 127, como circuló por mucho tiempo la noticia). En nuestro tiempo son contados, y lastimosamente, en los más sonados, dicen referencia a jesuitas que han querido llevar su compromiso más allá de lo «acostumbrado», más allá de lo permitido en las situaciones normales, pero porque como jesuitas tenemos que vivir en las encrucijadas ideológicas y en las trincheras sociales... Podrían no sólo ser comprendidos sino aun alabados. Esos casos producen tanto revuelo y escándalo en la Compañía más instalada que, como decía Ignacio refiriéndose a Borja, prácticamente «no hay orejas para escuchar ese estampido», desgraciadamente.

El origen de no pocos conflictos, por tanto, en las comunidades estaría en no despedir de la Compañía a quienes clara y reiteradamente se empecinen en estas actitudes, causa de despido según las Constituciones. Es interesante, en este sentido, considerar que un buen número de las salidas de escolares en los últimos tres años han sido porque se les ha invitado a dejar la Compañía...

4.2. El aporte de la Parte VIII

-Necesidad del conocimiento, de la mutua estima y cariño entre nosotros-

Lo que más nos puede dar luz para comprender los conflictos dentro de la Compañía es el enfoque de la Parte octava de las Constituciones. La otra parte arranca de una dificultad objetiva que emana de la misma Misión: la dispersión en que se encuentran los compañeros diseminados «en la viña del Señor».

«Cuanto es más difícil unirse los miembros de esta Congregación con su cabeza y entre sí, por ser tan esparcidos en diversas partes del mundo entre fieles y entre infieles, tanto más se deben buscar las ayudas para ello» (655, 3).

Ahora bien, aunque se tenga que estar repartidos en el trabajo apostólico, la Compañía sólo será lo que está llamada a ser si permanecen unidos a sus miembros con la cabeza y entre sí. Esto no se logra «sin estar entre sí y con su cabeza unidos los miembros della» (655, 4).

El dilema fundamental a tratar en esta parte es el binomio Misión (con todas sus actividades) / Unión (con la riqueza de la plataforma y sus exigencias), que de alguna manera están contraponiéndose. Habrá otros factores estructurales de desunión: que es el que los compañeros serán personas muy bien formadas y por tanto no fáciles de gobernar... «Comúnmente serán letrados» (656, 1). Por otra parte, serán jesuitas de influjo y con poder frente a personas, instituciones, fuerzas populares... «Tendrán favor de Príncipes o personas grandes y pueblos, etc.» (656, 1).

De ahí también la necesidad estratégica de unirse.

Por tanto la solución está clara: hay que tener «unión de ánimos», como estrategia general y la reunión física de tiempo en tiempo, como solución táctica (cfr. 655, 5). Ahora bien, esta tal unión debe nacer de la Misión; no es un valor en sí mismo. Lo que nos debe reunir y unificar en la actualidad es el compromiso de fe y justicia nueva reformulación de nuestro Instituto.

Es estratégica, decíamos la unión. De lo contrario decrecemos. Pero, ¿cómo, entonces, mantenernos, cómo lograr esa «unión de ánimos»?

a) Selección de Personas:

Este tema se repite con bastante frecuencia en el Examen, en la primera, segunda, tercera, quinta parte... (cfr. 12, 308, 516, 523, 819). Ahora nuevamente: «ayudará no se admitir mucha turba de personas a profesión» (657, 1), sino retener sólo a «personas escogidas». La razón de todo ello:

«Porque la gran multitud de personas no bien mortificadas en sus vicios, como no sufren orden, así tampoco unión» (657,2).

El compañero, al final de las largas perturbaciones, deberá ser verdaderamente un hombre libre, capaz de darse a sí mismo Misión (621) porque es fundamentalmente hombre de discernimiento.

«Si no le es limitada alguna parte especialmente, puede detenerse más y menos en un lugar o en otro, y discurrir por donde, miradas unas cosas y otras, hallándose indiferente quanto a su voluntad y hecha oración juzgarse ser más expediente a gloria de Dios nuestro Señor» (633, 3-4).

Ahora bien, esto sólo al final de un largo proceso de aprender a obedecer, por una parte y a representar, por otra (cfr. 292, 5-6).

b) Obediencia de «conspiración» como vínculo fundamental

«Y porque esta unión se hace, en gran parte con el vínculo de la obediencia, manténgase siempre esta en su vigor» (659, 1).

Es decir, que la obediencia debe ser uno de los puntuales de la unidad. Pero no cualquier obediencia, sino precisamente la obediencia que llamamos de «conspiración» (Dominique Bertrand). Esta obediencia se fomenta precisamente por el ejemplo «de los que son más principales en la Compañía» (659,3).

También se fomenta este espíritu de obediencia con la amistad de los compañeros, los que se nos proponen para ayudarnos a caminar: (cfr. 659, 660).

«Y así no tuviese dada tanta experiencia de esta virtud, a lo menos debería ir en compañía de quien la tuviese dada. Porque en general ayudará el compañero más aprovechado en ella al que menos lo fuese, con el favor divino» (659, 4-5).

Todo ello debe llevarnos a poder aprender a «aspirar juntos» (obediencia de conspiración) a la Misión y a los trabajos del Reino. De tal modo es esto así, que Ignacio en las Constituciones deja un modelo -ahora en desuso- que pinta, sin embargo, el grado de conspiración que se debe tener en el desempeño de los trabajos en la Compañía: el colateral (659, 6-7). La máxima obediencia es no tener ya que obedecer porque podemos constantemente ser fieles a la Misión y a la interpretación de ella en los criterios apostólicos de las Constituciones y en el proyecto de Provincia. Claro ejemplo, éste, de que la obediencia en la Compañía es una obediencia de «posibilidad, o de oportunidad». ¡No se insiste, al compañero formado, tanto en la virtud de ella sino en la oportunidad que brinda para mejor servir! El superior no puede serlo sin ser «amigo en el Señor», por lo menos con solicitud si es que no se llega al afecto o a la intimidad. Esta obediencia de «conspiración» va muy unida con la amistad en el Señor; como que la amistad garantiza

que quien da Misión no lo haga burocráticamente ni proyectando sus propios intereses ni poder ni por apego legalístico; y la obediencia garantiza por su parte, que la amistad no se convierte en condescendencia preferencial o chantaje de afecto. La internalización de Misión y discernimiento estarían de fondo como supuestos.

c) *La subordinación:*

Además de cuidar la selección, de insistir en la obediencia, pero de este tipo de conspiración, las Constituciones ven la necesidad de una buena subordinación (claro respeto de la delegación de la autoridad) o principio de subsidiariedad para mantener unido al Cuerpo en dispersión.

«A la misma virtud de obediencia toca la subordinación bien guardada de unos Superiores para con otros, y de los inferiores para con ellos» (662, 1).

d) *Cortar todo género de división*

Como es obvio, si ya de por sí la Misión tiende a dispersarnos, y las fuerzas estructurales de las instituciones u obras (o gente concreta) nos atan, lo que contribuya directamente a generar desorden o desunión en los ánimos debe vigilarse muy de cerca y ejercer sobre esto una fuerza única:

«Quien se viese ser autor de división de los que viven juntos, entre sí o con su cabeza; se debe apartar con mucha diligencia de la tal congregación, como peste que puede inficionar mucho, si presto no se remedia» (664).

e) *Calidad de los superiores*

Otro medio eficaz para mantener unido al cuerpo repartido es la excelencia de los superiores: «son las qualidades de su persona» (666, 1). Porque «cuales fueren éstos, tales serán a una mano los inferiores» (820, 3). Pero «muy en particular ayudará tener crédito y autoridad para con los súbditos» (667, 1). La Compañía debe tender a escoger personas que tengan liderazgo por sí mismas. Además tienen que mostrar otra serie de virtudes:

«Tener y mostrar amor y cuidado dellos; en manera que los inferiores tengan tal concepto que su Superior sabe y quiere y puede bien regirlos en el Señor nuestro» (667, 1).

Es interesante los pasos que postulan las Constituciones: que los súbditos estén claros que el superior conoce el itinerario de cada compañero, que tiene voluntad de dar apoyo y además la capacidad para conducirlo en el camino de Dios al servicio de la Misión.

f) Modo de gobernar:

Los superiores no sólo deben, pues, ser personas escogidas, para que mantengan la unión de los dispersos por la Misión, sino su modo de gobernar es el que hará el milagro de la percepción de ser todos nosotros un sólo cuerpo:

- + El principio de la autoridad debe estar bien centrado: Conviene recordar el sabio principio respecto a la autoridad:

«En manera que todos para el bien tengan toda potestad, y si hiciessen mal tengan toda subjección» (820, 5).

- + El oficio principal del superior es sostener a los compañeros «con la oración y los santos deseos» (424, 1). El superior tiene que soñar junto a Dios, respecto del plan que El tiene sobre cada uno.

- + Servirá que el superior tenga personas de consejo, de los cuales se pueda ayudar (667, 2-3).

- + Ayudará también «que el mandar sea bien mirado y ordenado» (667, 4).

- + El arte de saber corregir: El aceptar las correcciones y ayudar a corregir se vuelve una regla del juego:

«Cada uno debería de buena voluntad aceptarlas con verdadero deseo de su enmienda y aprovechamiento spiritual, aun quando no se diesen por falta alguna culpable» (269, 3).

Seguidamente da un principio de cómo ayudar a corregir que deben tener los superiores y encargados.

«En las correcciones aunque la discreción particular pueda mudar este orden, es de advertir que primero se amonesten con amor y dulzura los que faltan, 2º con amor y cómo se confunda con vergüenza; 3º con amor y con temor dellos» (270, 1-2).

- + Este principio está encuadrado en el conocido «prosupuesto» que está en el inicio de la Primera Semana de Ejercicios, del aprender a salvar la proposición del próximo (EE 22, 3), y que si no se puede salvar esa proposición «inquiera cómo lo entiende». Es decir, que la

sana corrección debe estar enmarcada en la disposición básica para el diálogo, que supone ponerse en las razones y necesidades de aquel con quien se pretende dialogar. Esta es una regla de oro para las relaciones humanas, comunitarias y sociales. El superior debe invitar a realizar el diálogo.

+ Por último, esperar la gracia del Señor, que debe acompañarlos:

«Porque como les es más necesaria la ayuda divina por el cargo que tienen, así es de sperar que Dios nuestro Señor se la dará más copiosamente para sentir y decir lo que fuere de su servicio» (686, 3).

g) Centralismo

Precisamente para esta unión tan difícil de los miembros esparcidos, ayudará «que el General resida por la mayor parte en Roma» (668, 1). La razón de esta está dada en la explicación de la naturaleza del cuarto voto de los profesos: el principio de universalidad. Es en Roma, «junto a San Pedro», donde parece debatirse la convergencia de los problemas del pueblo de Dios...

h) El vínculo fundamental, con todo, es el amor al Señor

«El vínculo principal de entrambas partes para la unión de los miembros entre sí y con la cabeza es el amor de Dios nuestro Señor, porque estando el Superior y los inferiores muy unidos con la su divina y summa Bondad, se unirán muy fácilmente entre sí mismos, por el mesmo amor que della descenderá y se estenderá a todos próximos y en especial al cuerpo de la Compañía» (671, 1-2).

i) La ruptura con el espíritu de mundanización

Es el amor al Señor lo que en verdad hará que nos mantengamos juntos los jesuitas, pese a todo, pero esto no se puede lograr si no combatimos día a día el espíritu del mundo que nos acecha. Por consiguiente ayudará:

«Todo menosprecio de las cosas temporales, en las cuales suele desordenarse el amor propio, enemigo principal desta unión y bien universal» (671, 4):

j) La uniformidad en el «modo nuestro de proceder»

Se debe siempre respetar los tiempos, lugares, personas y sus ocurrencias, se ha dicho desde el comienzo de las Constituciones, sin embargo esto no debe impedir que salga a la luz el «modo nuestro de proceder». Esto debe darnos el aire de familia, la uniformidad especialmente en el mismo sentir, «idem sapiamus idem dicamus omnes, conforme al apóstolo» (273, 1):

«Puede también ayudar mucho la uniformidad así en lo interior de doctrina y juicio y voluntades, en quanto sea posible; como la exterior en el vestir, ceremonias de Misa y lo demás, quanto lo compadescen las qualidades diferentes de las personas y lugares, etc.» (671, 5).

Ahora bien, esta uniformidad no debe proponerse tanto a propósitos de la doctrina ya que la norma hoy es el pluralismo en las teologías. Más bien habría que ponerla e insistir que es la reformulación de la Misión y la opción por los empobrecidos la que definiría hoy esa uniformidad.

k) La constante intercomunicación

Por último, «ayudará también muy especialmente la comunicación de letras missivas entre los inferiores y Superiores» (673, 1). Las Constituciones descienden luego a utilizar al máximo los recursos de los medios de comunicación propios de su tiempo, por ejemplo: «se hagan tantas copias, que basten para proveer a todos los otros Provinciales»... (675, 7).

Este espíritu es el que debe concretarse en muy variadas formas - noticias constantes sobre lo que le acontece al cuerpo- pero, sobre todo, en la necesidad constante del diálogo. Diálogo entre las mismas comunidades. En las Constituciones este diálogo puede encontrarse bajo la forma de consulta de la casa, por ejemplo (Cfr. 431; 432; 810). Esta intercomunicación supone la capacidad de poder expresar lo que pasa, de reconocer el conflicto y de saber enfrentarlo. Esta intercomunicación es el necesario diálogo con el superior teniéndole «toda la conciencia abierta» precisamente para que pueda el compañero ser guiado con más seguridad en la Misión. Sin este diálogo

sincero -a nivel personal, comunitario y con el superior- es imposible pensar en realizar la Misión como cuerpo apostólico.

4.3. El aporte de la Parte X

- Ser amigos de Dios y en El poner nuestra esperanza -

También el aporte de la Parte décima de las Constituciones es esencial para comprender cómo lograr no sólo salir del empantanamiento comunitario sino hacer avanzar a todo este cuerpo apostólico. Algo de esto ya se ha trabajado en las páginas anteriores pero las retomo para indicar el realce que tienen en esta parte décima.

Esta última parte es la más corta de todas las Constituciones. Tres son sus preocupaciones: la conservación de lo que ya se tiene, el aumento, y que éste este a la altura de la Misión. Para esto nos presentan las Constituciones una serie de medios unos más eficaces que otros. Arranca esta parte de una aseveración contundente:

«Porque la compañía que no se ha instituido con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro, es menester en El sólo poner la speranza de que El haya de conservar y llevar adelante lo que se dignó comenzar para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas» (812, 1-3).

Se tiene siempre que partir de que la Compañía es obra de Dios. Han sido tantas las contradicciones desde el comienzo de la orden, pasando por épocas tan duras como la supresión, o el momento último del P. Arrupe, que el que fluctúe pero no se hunda es muestra que la obra es de Dios. De aquí se saca la consecuencia:

«Y conforme a esta speranza, el primer medio y más proporcionado será de las oraciones y sacrificios» (812, 4).

Es obvio. Si Dios ha comenzado esta obra, sólo continuará si El lo quiere. De ahí que la oración y la esperanza en sólo Dios, debe ser lo primero. De allí también que «los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se rija bien de su divina mano son más eficaces que los que le disponen para con los hombres» (813, 2).

Por tanto, es necesario, nos aclaran las Constituciones que los de la Compañía:

«Se den a las virtudes sólidas y perfectas y a las cosas espirituales, y se haga dellas más caudal que de las letras y otros dones naturales y humanos» (813, 5).

Esto supuesto;

«Sobre este fundamento, los medios naturales que disponen el instrumento de Dios nuestro Señor para con los próximos ayudarán universalmente para la conservación y aumento de todo este cuerpo» (814, 1).

Y aquí establecer otra formulación de lo que hemos denominado «dialéctica ignaciana». Las Constituciones hacen referencia a los medios humanos y cómo debe usarse de ellos:

«No para confiar en ellos, sino para cooperar a la divina gracia, según la orden de la summa Providencia...» (814, 2-3).

Dentro de este marco y sólo en éste, deben desarrollarse todos

«Los medios humanos o adquisitos con diligencia, en special la doctrina fundada y sólida y modo de proponerla al pueblo... Y forma de tratar y conversar con las gentes» (814, 4).

En este sentido ayudará mucho la buena formación (cfr. 815), pero sobre todo la guarda de la pobreza que es «baluarte de las religiones, que las conserva en su ser y disciplina y la defiende de muchos enemigos» (816, 1). Lo mismo se diga del desterrar absolutamente la ambición, «madre de todos los males en cualquiera Comunidad o Congregación» (817, 1).

También ayudará mucho «no admitir turba ni personas que no sean aptas para nuestro instituto, a una aprobación» (819, 1). Y así «aunque se multiplique la gente» -lo cual es sumamente loable- «no se disminuyan ni debilite el espíritu» (819, 5).

En otro orden de cosas, mucho puede influir la calidad de los superiores, ya que «el bien o mal ser de la cabeza redundará en todo el cuerpo» (820, 1). Cuales fueren los superiores, «tales serán a una mano los inferiores» (820, 3). En cualquier caso, deja establecida las Constituciones esta sapientísima regla de gobierno:

«En manera que todos para el bien tengan todo potestad, y si hiciessen, Mal, tengan toda subjección» (821).

Uno de los medios más eficaces para que este cuerpo se conserve y aumente lo ponen las Constituciones en el cariño entrañable entre los compañeros: «la caridad y amor de unos con otros» (821).

La décima de las sugerencias que propone esta parte hace referencia a un cierto equilibrio entre el trabajo espiritual y el trabajo corporal (822), cosa en completo desuso en la actual Compañía donde

no se aprecia lo beneficioso de los trabajos materiales, apartándonos así de la experiencia generalizada de la humanidad, y del ejemplo retante de la vida de Nazareth.

También se hace referencia a la observancia de todas las Constituciones, para lo cual pide «mediocridad» (única vez que se emplea en todo el Instituto y que no debe entenderse como algo de baja calidad), «que no decline a extremo de rigor o soltura demasiada (y así se puede mejor guardar)» (821, 1).

Luego también ayudará un espíritu universal: «que no haya ni se siente en la Compañía parcialidad a una parte ni a otra»... Está claro que en nuestro mundo hay divisiones. Pero que no sean estas demarcaciones, a veces, geográficas o administrativas o de intereses políticos entre los dominantes, las que nos dividan (823, 2).

Terminan las Constituciones haciendo referencia a la salud, recordándonos que al tratar de un cuerpo social, no debe nunca descuidarse lo que ayuda a conservar y aumentar al mismo cuerpo personal de los miembros. (826).

[Tomado de "Apuntes Ignacianos", SANTA FE DE BOGOTÁ,
19-20 (enero-agosto 1997), pp. 51-71]

